

LA IDEA

Organo Oficial de la Confederación Espiritista Argentina

REVISTA MENSUAL

Redacción y Administración: Belgrano N° 2935

Redacción: José R. Nósei, Carlos L. Chiessa

Administrador: Vicente Fernández

Expedición: Felipe Gallegos, Antonio Zucotti.

Año II

Buenos Aires, 1°. de Noviembre de 1925.

N° 24

2 de NOVIEMBRE DE 1925

Permítenos lector, que hoy abramos un paréntesis a nuestra labor idealista, para dedicarte estas páginas. La Federación Espiritista Argentina, al encomendarnos esta tarea, que nuestra escasa intelectualidad nos impide cumplir en la forma elevada que quisiéramos, ha puesto de manifiesto su deseo de ilustrar al profano en este día, solicitando para esta hoja la colaboración de un núcleo distinguido de correligionarios; labor que a nuestro juicio hemos completado con una serie de notas destinadas a encaminar y a facilitar el estudio, a todas aquellas personas que deseen imponerse del verdadero significado de nuestra doctrina.

Al ofrecer al público, este folleto, recomendándole muy empeñosamente su lectura, la Redacción de "La Idea", no persigue otro fin, que el de poder despertar en el ánimo de los que tanto lloran a sus muertos, la noción de la realidad de la existencia de la vida espiritual.

Y a este objeto, tal vez, nada mejor que esta fecha destinada a recordarles, en que todos sin excepción concurren a los cementerios, como en cumplimiento de un deber ineludible. Deber que viene a objetar el Espiritismo, convencido por haberlo comprobado hasta el cansancio, de que la muerte no existe, y que este fenómeno natural no es más que un período de transición durante el cual el espíritu adquiere su libertad absoluta.

La Redacción de "La Idea", en nombre del Consejo F. de la C. E. A., os invita pues, a examinar su doctrina, en la seguridad de que no sólo os servirá para aliviar vuestros dolores, sino que enterándoos de los verdaderos motivos de la vida os invitará a vivir y a trabajar por vuestro progreso.

Las obras de Kardec, y de otros muchos filósofos, sabios y escritores que militan, y han militado en nuestras filas, llenarán con su lectura el vacío que este folleto dejará en vuestros cerebros, por la forma elemental y demasiado precipitada con que ha debido encarar problemas tan trascendentales, como los destinados a habiarnos de temas que se refieren a la vida fundamental y verdadera, que viven nuestros espíritus.

Respecto a los cuales hallaréis siempre indicaciones en la Secretaría de la Federación Espiritista Argentina y en todas las sociedades confederadas.

¿QUÉ ES LA MUERTE?

He aquí lector la pregunta que debió acudir a tu mente en este día, en que con más o menos dolor, concurre a los cementerios con el objeto de visitar la sepultura del pariente o del amigo, cuya vida ha troncado la muerte.

Si en lugar de entregarte únicamente a tu sincero dolor, hubieses reflexionado minutos muy breves, examinando prolija-

mente a tu conciencia, seguramente habrías descubierto que el huésped desconocido que dormita en tu interior, se encuentra en desconformidad con la teoría materialista que establece como final de una vida fecunda, el abismo que aterra de la nada inexplicable.

Si hubieses meditado sobre la razón de ser de tu propia inteligencia y sobre la

causa originaria del progreso humano, que como ley natural innegable nos ha demostrado conducir al mundo hacia un eterno y cada vez mayor perfeccionamiento, tal vez habríamos logrado comprender lógicamente: "que si la muerte pusiese fin a la vida de la materia conjuntamente con la de la inteligencia, o del espíritu, nos veríamos condenados a permanecer estacionados en un mismo grado de progreso y por lo tanto imposibilitados para ir paulatinamente avanzando hacia una mayor civilización".

Piensa, si ante la vista del sabio que se va, habríamos de aceptar en que la persona llamada a sucederle en el concierto de la humanidad, habría de comenzar nuevamente por adquirir las más elementales nociones del saber.

Y probablemente la contestación que acudiría a tu mente, lector, sería: "justicieramente esta nueva entidad que viene a la vida, adquiriría todos los conocimientos que ha adquirido el sabio fallecido; pero indudablemente no iría mucho más allá, del límite intelectual alcanzado por su antecesor".

Teniéndose como resultado de este estado simple de progreso individual estacionario, un estado idéntico de progreso colectivo; luego la humanidad no avanzaría.

Pero afortunadamente no es así, la ley natural a que se vé sujeto el progreso de la humanidad en general, tiene en la inmortalidad del espíritu un sabio principio para justificarse y para hacer que, ni la idea más insignificante del sér, pueda llegar a perderse en la nada antes de habernos ofrecido su fruto, mediante el proceso que sigue el espíritu en sus diversas encarnaciones.

Ley de evolución, cuya sabiduría permite al espíritu humano ampliar sus conocimientos adquiridos a través de las diversas vidas, con los que eternamente ha de ir adquiriendo durante nuevas encarnaciones, en las que además de dejar su fruto de contribución a la vida material irá completando su perfeccionamiento individual, para continuar su carrera evolucionista a través de los innumerables mundos diseminados en medio del espacio infinito.

Ateniéndose el Espiritismo a las conclusiones a que arriba esta tesis, cuando afirma que el progreso individual es un acto preliminar del progreso colectivo.

No llores, pues, caro lector, a esos seres que denominas tus muertos porque en realidad no lo están y tras la frialdad de

esa tumba donde la materia sigue inmutable el proceso de su descomposición, para adquirido su estado de simplicidad volver a constituir nuevos organismos, se disimulan las formas del espíritu vuelto a su estado de libertad, para planear nuevamente la ejecución de todo lo que se hace necesario a su progreso.

Por eso, más bien que tus lágrimas, ese sér que te es tan querido necesita tu ayuda. Necesita que jamás le recuerdes dolorido en tus evocaciones sino que con tu propio valor, afrontando resignado la separación momentánea y siempre necesaria que a ti te parece injustificada, lo estimules al progreso.

Si hasta tu cerebro pudiese llegar a ratos, la ideación consoladora del Espiritismo, podrías tal vez arribar a conocer que todo sér cumple en la tierra una misión especial que el mismo ha elegido antes de encarnar, y que conjuntamente con el día de su venida a este planeta, se ha planeado la forma llamada a determinar su partida; siempre de acuerdo con la ley de progreso y que por lo tanto esa muerte material que te ha parecido violenta o dolorosa, puede constituir para él un inmenso bien.

No te empeñes, lector, en contrariar su destino, deja a los tuyos, que cumplan su misión, sin apenarlos con tus lamentaciones dolorosas, que si bien son dignas del mayor respecto, no tendrán para ti una importancia mayor cuando te hayas impuesto del verdadero motivo de la vida.

Quizás entonces el convencimiento pueda lograr hacerte comprender, que en ese mismo lugar de tu conciencia donde hoy has dado solo cabida al dolor, puede elevarse un altar donde impere el culto hacia un sentimiento más bello: "el culto del eterno perfeccionamiento del espíritu y del progreso humano en general".

Y tu oración mental, tu pensamiento dignamente dirigido hacia el espíritu amigo, será tu recuerdo mejor, la exteriorización más fiel de tu dolor y el deseo más intenso, del que a los suyos invita al progreso con verdadero amor.

Imposible sería reseñar en un artículo de momento, destinado a conmemorar una fecha, tan general, como la que hoy despierta, un recuerdo doloroso en todos los corazones, todo un admirable conjunto doctrinario como el que el Espiritismo ofrece a sus adeptos, por eso debemos pasar sobre los distintos temas tan a la ligera, que el esbozo que de ellos hacemos, tal vez no satisfaga las aspiraciones de tu espíritu, ni logre imponerse en el cri-

terio de tu sana inteligencia; pero piensa lector, que a este respecto no hemos pretendido otra cosa que iniciarte y que cuando lo desees podrás ampliar estas lecturas, con los diversos textos que la filosofía espiritista brinda a sus semejantes.

Y piensa que aún cuando no logremos hacer irrupción en tu ánimo, nos satisface plenamente el saber que hemos diseñado una verdad, cuya posesición nos haría realmente felices; no al saber que hemos conseguido un adepto, sino que hemos devuelto la tranquilidad a un alma que sufre, que hemos enjugado una lágrima en el rostro de una madre, cuyas órbitas ya se hallan efermas de tanto llorar!...

Lector, el Espiritismo te habla y te invita!...

No rehuys sus palabras, ni dejes de

aceptar una invitación que puede ser te sumamente beneficiosa, estúdialo, examínalo, medítalo; piensa que han existido muchos sabios (1) que ante la grandiosidad de su fenomenismo no se han atrevido a negarlo; piensa en los muchos trabajos de filosofía que sobre él se han escrito y en su intenso deseo de llegar a imperar moralmente en el corazón de la humanidad para lograr redimirla; y entonces recién previo un verdadero examen de conciencia, determina por ti mismo el camino que has de seguir en la vida.

José R. Nosei.

Noviembre, 2 1925.

(1) William Crookes, De Rochas, Aksakoff, Gesley, Gibier, Richet, Loodge, etc.

Recomendámosle muy especialmente, la lectura de los libros fundamentales que se han escrito sobre nuestra doctrina y de los cuáles encontrará Vd. un surtido completo en la librería de la Sociedad "Constancia", Tucumán 1736 (Capital), y en las Sociedades confederadas, que sino poseyesen la obra que Vd. desea, harán todo lo posible por conseguírsela o por indicarle donde puede Vd. adquirirla.

ALGO SOBRE ESPIRITISMO

El espiritismo tiene su base en la fenomenología espírita. Es ahí donde se afirma y adquiere por lo tanto carácter científico.

Se diferencia de las religiones positivas precisamente por sus hechos y de ahí va adquiriendo cada vez más prestigio a la inversa de aquella que disminuye.

La preparación de la humanidad ha llegado a una altura tal que, si bien algunos aún necesitan de los andadores, de la creencia ciega, en cambio muchos son ya los que ellos no les bastan y han menester de creer en base de convicciones o de hechos que sean capaces de hacer balancear los cimientos de la duda que a veces parecen afirmarse en fundamentos de granito aunque ello es aparentemente, dado a que si ellos parecen sólidos es por la carencia de los conocimientos espíritas que realmente los mina, los destruye, los anula.

Afirmarse en la nada hoy, tener por principio la negación de la inmortalidad del alma, la creencia de que el mundo obra mecánicamente y a ciegas, es demostrar que no se piensa cuál corresponde a nuestra época y que se carece de los adelantos

psicológicos a que ha llegado la ciencia espírita.

Es desconocer el importante avance que en ese sentido se ha realizado; el interés que ha despertado en muchos hombres de ciencia, y la convicción, la profunda convicción que albergan ya infinidad de personas.

El espiritismo no es posible que deje de interesar a nadie; pues él tiene una importancia capital para el hombre, ya que trata de lo que más debe interesarle, como es la inmortalidad del alma; saber si ella es finita o infinita y cuál es su papel, destino, finalidad en la vida; saber si ella tiene o no evolución; si es ésta su única vida o tiene otras y tendrá aún más.

Hasta hace algunos años no se tenía una noción clara del origen del hombre por más que se decía que era de origen divino. A unos esto hacía encoger de hombros aunque no tuvieran razón para negarlo porque la Naturaleza estaba ante sus ojos ofreciéndoles su elocuente sabiduría con todas sus manifestaciones.

A otros, si bien creían, no les daba pie firme para ajustar su vida a principios

más elevados, a idealidades superiores, ya que ello no se afirmaba sino en la fe ciega.

Hoy, en cambio ésta se arraiga en la convicción que nos dan los hechos espirituales.

Las manifestaciones de los espíritus afirman no sólo la continuación de la vida **post-mortem**, sino que asimismo su evolución, ya que ellos nos dicen que no es solo nuestro mundo el habitado sino que hay muchas moradas en el Universo las que se van escalando de acuerdo con la evolución más o menos como un niño va pasando los grados a medida que va adelantando.

Que no hay cielo ni infierno como las religiones positivas lo afirman donde las almas van o a la felicidad o al sufrimiento eterno haciendo así un Dios vengativo, cruel, sin aún las condiciones de bondad que caracterizan a los hombres elevados y por tanto inferior a ellos.

El espiritismo, pues, ha venido a llenar el vacío abismal que era el terror de la humanidad; hacer de un Dios injusto y cruel un Dios bondadoso y justiciero, y de una sabiduría infinita que está por sobre todas las cosas y la elocuencia de las almas más elevadas.

Ha venido a decirnos que no hay más cielo ni infierno que nuestra conciencia. Que el dolor no cesará mientras persistimos en ser esclavos de la bestialidad. Que él aparece cuando pisoteamos derechos y nos ensañamos con los débiles. Que el cielo se encuentra en el bien mismo, en

la rectitud de los procedimientos, en el dominio del espíritu sobre la animalidad.

Ha destruído los conceptos erróneos de la inmortalidad del alma, la inutilidad de los sacrificios a los dioses, y de la adoración de fetiches y de prácticas propias de tiempos remotos que hoy lejos de dignificar a la humanidad la envilecen.

Ha venido a encausar a ésta dentro de su verdadero derrotero, de su verdadera finalidad; a orientarla en el sendero de su felicidad; a enseñarles a conocerse a sí mismo, a que ella sea el artífice de su evolución, de su felicidad. Por eso no hay que llorar los muertos, porque no son muertos, porque muertos no están; porque viven y seguirán viviendo; porque la muerte no los separa para siempre de nosotros; porque los encontraremos, porque ellos no dejan de interesarse por la vida material, ya que nos dan sus comunicaciones en la que nos dicen que ellos siguen viviendo, que no están muertos, y quieren que sepamos que no morimos; que vamos y venimos por la hermosa ley de la reencarnación, hasta cumplir el ciclo evolutivo en nuestro mundo para pasar a otros más evolucionados.

Pero sí recordémosle, recordémosle con cariño, no los olvidemos, no destruyamos los lazos de amistad y de amor, pues del cariño, de la amistad y del amor necesitan los espíritus como los hombres y porque es ley que ha de imperar en el mundo de las almas como en el de relación.

Carlos L. Chiesa.

Las Sociedades Espiritistas confederadas, cuya ubicación encontrará Vd. indicada en la tapa posterior de este folleto, tendrán sumo placer en atenderlo a Vd. personalmente, en sus secretarías, e informarlo detalladamente sobre la forma en que debe Vd. encarar el estudio del espiritismo.

¡SALVADO!

Era la hora del crepúsculo — crepúsculo apacible y claro.

El cementerio iba, poco a poco, quedando desierto. Algunos visitantes, retardados, se veían todavía de trecho en trecho y otros apresurando el paso hacia la salida. El ambiente de soledad y pena parecía contrastar con la claridad de aquella puesta.

Las tumbas pobres casi encima unas a otras, muchas con flores esparcidas en desorden, otras iluminadas con lucitas mortecinas, hacían más sombría la sole-

dad, más honda la tristeza del cuadro. Un silencio de miedo reinaba por todas partes.

De pronto un débil quejido de dolor, algo como un ábito de desesperación, quebró la calma triste de esa hora — era un llanto amargo, que sobrecogía.

Un joven, al parecer obrero, arrodillado al pie de una modesta tumba, cubierta de flores frescas, se había casi hechado sobre el tumulo, con la cara hundida en las manos, dando rienda suelta a una gran pena.

Los pocos paseantes se descubrían al transitar, inclinando la cabeza en actitud de respeto por la sinceridad y magnitud de ese dolor.

Uno de ellos, hombre anciano, obrero también al parecer, se detuvo un instante como tentado de dirigir al doliente algunas palabras de consuelo, e iba a realzar ya su generoso propósito, cuando le detuvo una actitud, por demás extraña del joven.

Vióle, en un ímpetu de suprema desesperación, levantar erguido el cuerpo, lanzar para atrás la cabellera, con gesto airado, hechar la mano a la cintura, extraer un arma y resuelto llevarla a la sien.

—¿Qué hace, desdichado?!... gritóle con energía, corriendo hasta él y arrancándole violentamente el arma...

—¡Pobre amigo!... díjole con afabilidad, después del primer instante de estupor... ¡pobre amigo mío!... ¡qué error grande iba Vd. a cometer!

—...

—Error y cobardía, a la vez. Error, por la falsa creencia de que con el suicidio iban a terminar sus sufrimientos, y cobardía porque no tiene el suficiente valor para sobrellevar, con resignación, las amarguras de la vida, para acatar los designios del destino, cumpliendo con entereza, la dura prueba que **Vd. mismo se ha impuesto a sí mismo, al venir a la tierra.**

El joven levantó la mirada con gesto de sorpresa, pero luego, acosado por el dolor:

—¿Qué puede saber Vd. exclamó. — ¿Acaso está obligado el hombre a depender siempre de su propio destino; obligado a soportarlo todo, sin una protesta, cuando nadie, ni Dios, ni ese Dios fantástico de los crédulos y timoratos, ni los hombres de sentimiento, tienden la mano al desamparado, al afligido — ni siquiera le hacen la pobre ofrenda de una palabra de consuelo y de piedad? — ¿qué otra resolución cabe tomar? sino terminar con una existencia inútil ya que llega a considerarse de estorbo — ¿y a eso le llama a Vd. cobardía? — ¿qué le queda a uno cuando todo lo ha perdido, cuando todo le ha sido arrancado sin piedad: el hijo, la compañera, los anhelos, la felicidad... todo me lo han arrebatado a mí... todo lo he perdido — yo que me sentía tan dichoso, tan amado?...

Largas horas, horas muy amargas, sin pan, sin trabajo, sin amigos, pasadas al lecho de los dos, agonizantes, vislumbran-

do a ratos esperanzas lisonjeras, para caer sumido, casi en seguida en un mar de decepciones y amarguras, ahondándose el dolor...

...Oh! era demasiado... ¿Las vías del destino no quedaban, acaso satisfechas con haberme arrebatado el hijo?... ¡eh! quisieron ensañarse también en mi compañera, la que tanto me quería y que tan resignada era en su sufrimiento — Oh! no era posible soportar más — Con su muerte las huellas del dolor destilaron sangre y hasta la fe en la vida he perdido... todo se acabó ya... déme esa arma, que es necesario terminar...

—Aguarde amigo — ¿quién le ha dicho a Vd. que su compañera ha muerto?

El joven abrió los ojos desmesuradamente en actitud de asombro.

—¿Cómo dice?... ¿no ha muerto mi compañera?...

—Precisamente. Su compañera no ha muerto — Muere o mejor dicho, se desintegra el cuerpo, pero el ser verdadero, el que ha arruinado a ese cuerpo, durante la existencia, vive, conserva toda su individualidad y continúa en el espacio con todos los atributos inherentes a su naturaleza espiritual, llevando el caudal de conocimientos adquiridos en la tierra, cargando con todos los errores cometidos. Su esposa vive en él, como todos los seres que mueren, y el día que Vd. fallezca la volverá a encontrar, porque el amor verdadero, sincero, liga a los seres con lazos indisolubles. Pero si Vd. hubiera llevado a cabo su resolución, hubiera casi roto ese lazo, echando una barrera infranqueable por largo tiempo entre los dos. Tal vez ella esté presente, aquí a su lado, sufriendo posiblemente grandes amarguras también, por la separación, por su dolor y por la imposibilidad de poderle hacer notar su pena:

La idea de un nuevo dolor que pudiera ocasionar a su compañera, desarmó al joven desventurado.

—¿Y cómo puede Vd. saberlo, probarlo?... ¿de dónde recaba la certeza que Vd. imprime a sus afirmaciones?

—De la enseñanza que los mismos seres, que viven en ese espacio, nos proporcionan a todos, a todos aquellos que sabemos escucharlos.

—¡Cuentos, brujerías!

—No amigo mío; y Vd. mismo podría comprobarlo, si quisiera. Vd. mismo podría llegar a comunicarse con su compañera, si sabe merecerlo.

—¿Cómo, ¿cuándo? ¿adónde?

—Vámonos y lo sabrá?... .

Aquella noche el joven desesperado pudo presenciar una sesión espiritista.

A pesar de la evidencia del cuadro que se presentó, su mente ensombrecida por las decepciones, no modificó su estado — una duda atroz roía sus mejores impulsos. Sin embargo prometió estudiar y volver.

Volvió varias veces. Solía amenizar los breves instantes de evocación en las sesiones con armoniosos acordes de un dulce instrumento de cuerda.

Una noche que pareció infundir a esas cuerdas toda su alma amargada, toda la profundidad de su dolor repitiendo una canción tal vez muy oída y muy querida, presentóse un espíritu arrebatado por una aguda desesperación. Aquellos acordes, aquella canción transfundíanle arranques de indecible dolor. Tan agitado era su estado que no podía articular palabras — quería gritar y no podía; quería reír y sus labios delineaban una mueca de amargura. Sus lágrimas, sus ademanes, su encaminarse hacia el sitio del joven músico, denotaban claramente que un lazo de

unión muy fuerte, muy íntimo, existía entre esos dos seres.

El pobre músico debió sentir, en lo hondo de sí mismo una sacudida que no le permitió seguir con los acordes — dejó caer la cabeza sobre el instrumento, rompiendo en amargo llanto.

El espíritu no pudo tampoco resistir la impresión de tanta pena y abandonó repentinamente la posesión.

El joven músico desapareció.

Desde aquel día no se le vió más. Todos temieron que aquella manifestación espiritista, hubiera hecho recrudescer el dolor, arrastrándolo a su desesperada resolución de otrora.

Una sensación extraña, aunque de confianza, trascendía de todos los corazones. Todos se preguntaban: ¿qué le habrá sucedido?

Pasó algún tiempo, algunos años.

Un día alguien comunicó que había sido visto en un paseo público, sentado al lado de una joven y hermosa señora, haciendo jugar una preciosa criatura.

¡Se había salvado!...

El espiritismo había cumplido, una vez más, su noble misión. **J. M. Villa**

No titubee en hacernos sus preguntas, piense que el Espiritismo es una verdad y que si facilitándole nuestra respuesta conseguimos orientarlo definitivamente en el verdadero significado de la Vida, habremos cumplido con un deber.

Por éso sus preguntas no nos molestan, por lo contrario, nos satisfacen, y puede Vd. hacérselas con absoluta sinceridad y con entera libertad.

2 DE NOVIEMBRE

Es este el día consagrado por la iglesia católica, desde tiempo inmemorial, a la conmemoración de los "fieles difuntos" (como reza el calendario), el día destinado a plazo fijo, al culto colectivo del recuerdo de los que a su paso por la tierra marcaron sus huellas con lágrimas purificadoras, y así vemos a esas multitudes que asaltan vehículos, dando lugar a escenas pintorescas y poco edificantes, en su afán de llevar a sus muertos queridos, la florida ofrenda y lo mismo la encoquetada dama, que desde lujoso mausoleo, atisba el paso de la concurrencia, sin interrumpir sus interminables y maquinales rosarios, que los humildes hijos del pueblo, que lloran y rezan en pobres sepulturas. Una muchedumbre abigarrada,

que ofrece toda la gama de la miseria y del dolor humano, invade desde las primeras horas esos laboratorios de la naturaleza, llamados cementerios, donde se descompone y transforma la materia orgánica, y si sus ojos empañados por el llanto, pudieran penetrar en las negras oquedades, donde creen que duermen el último sueño seres amados, los apartaría con horror, comprendiendo a pesar del escaso desarrollo del sentido espiritual de la humanidad actual, que no pueden ser aquellos restos informes y putrefactos, ni aquellos fragmentos de fosfato de cal, lo que queda de seres queridos que viven y aman, como cuando embellecieron nuestra vida con su ternura, y que a nuestro lado, a veces si invisibles a nuestros ojos

materiales, nos consuelan y nos aconsejan apenándose con nuestro error, el error tan generalizado de creer definitiva y eterna su desaparición.

Esta triste efeméride, periódicamente renovadora del sér humano, es también la de las pingües ganancias para la religión que la instituyó, por eso, el fúnebre tañir de las campanas de sus templos, recuerdan a los fieles, que los sufragios y funerales con toda su macabra misa **en sune redimen**, rescatándolas del fuego eterno del purgatorio a las almas de los **muertos**, y ese negocio suprafísico, que realizan los mercaderes de oraciones, formuladas con labio indiferente, con acompañamiento de latinajos ininteligibles y golpes de hisopo, es la forma aparatosa de un culto materialista, con que el dogma ha extraviado en la ignorancia y el error a la humana conciencia, profanando sus sentimientos más respetables y sagrados.

Cuando esta pobre humanidad terrestre, avance en el camino de su eterno perfeccionamiento, y esa religión no responda ya a ninguna necesidad espiritual sus ideas erróneas, perdiendo su fuerza expansiva cederán el paso a la razonable certidumbre, basada en demostraciones científicas, que los **muertos** que lloramos, viven, en plena posesión de sus facultades emocionales y mentales, no en lugares incompatibles con la bondad divina, sino en torno nuestro y en condiciones que hacen su vida perfectamente real y provechosa, y que no es honrar su memoria ni cubrir de lágrimas y flores sus sepulturas, donde sólo existen entregadas a orgánica descomposición las carnales vestiduras, que abandonaron por inservibles, sino consolando en su memoria a los que sufren.

Las almas de los **muertos**, llaman continuamente a nuestras almas, respondámoles con cánticos de amor al progreso y a la fraternidad universal.

Isabel P. de Córdoba

Una vez leído este folleto amplíe este pequeño esbozo doctrinario, leyendo las obras de Allan Kardec, recomendándole muy especialmente comience sus estudios, por las tituladas: ¿Qué es el Espiritismo? y el libro de los espíritus.

Los hallará Vd. en venta en la librería de la Sociedad "Constancia", Tucumán 1736; Secretaría, de la Sociedad "Fraternidad", Belgrano 2935 y en casi todas las librerías y en las sociedades confederadas.

¡SURSUM CORDA!...

Arriba el corazón!... No es en las tumbas
Donde hemos de buscar a los que amamos,
Aquellos que vivieron nuestra vida
Y dejaron un vacío a nuestro lado.

Los busca allí el ateo y desespera
Ante el silencio de la tumba helada
Donde vé disgregarse la materia
Y todo, para él, todo se acaba!

¡Arriba el corazón!... En lo infinito
Donde vibran eternas esperanzas
Donde es real la justicia, donde viven
La vida verdadera nuestras almas,

Allí hemos de buscar a los que un día
Enlazaron con las suyas nuestras manos
Y bebieron ternura en nuestros ojos
Y bebieron amor en nuestros labios.

El espacio infinito los cobija
Y en nuestro derredor viven y sienten,
Y es el pensamiento el hilo de oro
Que les ata a nosotros fuertemente.

Pensemos pues en ellos como piensa
La esposa fiel en el esposo ausente,
Esperando la aurora de aquel día
Que nos una de nuevo para siempre!

Octubre 1925.

Rosalía L. de Vázquez de la Torre.

¡Si Vd. ha hallado algo que le interese en la lectura de este folleto y desea datos más amplios, sobre el verdadero significado de la doctrina espiritista, dirijase por carta a la Confederación Espiritista Argentina, calle Belgrano 2935, Capital, y se le contestará a vuelta de correo a sus estimadas preguntas.

El Día de Finados

Hoy es el día en que acuden
 a conmemorar los muertos
 enlutadas multitudes
 en silencioso cortejo
 Hoy van al pie de las tumbas
 en todos los cementerios
 a colocar las guirnaldas
 y los crespones de duelo
 con que la vida a la muerte
 paga un tributo de afecto
 ¿Qué decir sino que el cuadro
 que desde este mundo vemos
 conmueve profundamente
 nuestro propio sentimiento?
 Nos conmueve, si no, tanto
 porque amamos el recuerdo
 que nos consagra el amor
 de aquellos que han sido nuestros,
 por los vínculos de sangre
 de esa vida de destierro;
 no tanto por lo que se ama
 al que ha sido compañero
 de infortunios y dolores
 que es un lazo tan estrecho;
 sino porque en ese cuadro
 nuestros ojos están viendo
 mucho más de lo que pueden
 ver por ahora los nuestros.
 Vosotros solo podeis
 mirar que entre todos esos
 visitantes de tumbas
 que van vestidos de negro
 son pocos, quizá muy pocos
 los que guardan en sus pechos
 siquiera algunos vestigios
 de lo que han sido sus afectos.
 Miráis que por unas gotas
 Del llanto puro y sincero
 despliega en cambio indolente
 la frivolidad su vuelo
 y hace de un acto solemne
 convirtiendo los sepulcros
 y sus cruces... en paseos;
 esto lo veréis vosotros;
 más lo que nosotros vemos
 y a vuestra vista se oculta
 es un cuadro tan diverso,
 que si a vislumbrar llegaráis
 algo de su fondo, el pecho
 se os helaría de espanto,
 si no sois justos y buenos.
 ¿Cómo describir la escena
 si apenas el pensamiento
 puede abarcar el conjunto
 conmovedor y tremendo
 y apenas tienen el lenguaje
 para describir los acentos?

Oid, pues y procurad
 que de este cuadro siniestro

salga para vuestro espíritu
 una lección, un ejemplo,
 que os haga recordar siempre
 lo que vale en nuestro suelo
 buscar siempre la virtud
 y estudiar el bien y hacerlo.
 En esas hileras de tumbas
 donde está el signo supremo
 del amor y el sacrificio
 la cruz del Cristo, ¿qué vemos?
 ¿Ah! desde el fondo de algunos
 salen gemidos, lamentos,
 de otros, roncós rugidos,
 maldiciones, juramentos,
 imputaciones horribles
 y alaridos sin consuelo.
 Os parecería estar
 en algún otro siniestro
 donde encadenadas fieras
 rugen en largo tormento
 por el hambre y por la sed
 y donde hay al mismo tiempo
 víctimas despedazadas
 en horribles tormentos.
 Veriais a muchas almas
 asidas aún al cuerpo
 luchando por alentar
 los inanimados restos:
 abrazadas al cadáver
 al impulso de un destello
 de la esperanza de hallar
 todavía un gozo en ellos.
 Vivieron encenagados
 en la mentira; vivieron
 solo para los placeres
 que les procura el cuerpo,
 y aún la pasión persiste
 persiste el afán funesto,
 de pedir a esa materia
 lo que daba en otro tiempo,
 tan olvidados llegaron
 a estar en el mundo nuestro
 de la verdadera vida
 la vida del sentimiento
 tan tenazmente adheridos
 al goce sensual abyecto
 que hoy con desesperación
 se adhieren aún al cuerpo
 pensando que no hay más goces
 que los que de él consiguieron.
 Imaginad si podéis
 el espantoso tormento
 de un espíritu que cree
 vivir la vida del cuerpo,
 y siente el hambre y la sed
 y los instintos y anhelos
 de la vida material
 sin poder satisfacerlos.
 Imaginad esta angustia,

este formidable sueño
 en que se sumerje el alma
 como natural afecto
 del hábito de una vida
 todos los vicios de cieno;
 ¡Ah! rogad, rogad a Dios
 que envíe una luz del cielo
 a despertar estas almas
 de tan espantoso sueño!
 Si las vierais... allí están
 los avaros maldiciendo
 a sus hijos por el oro
 que gozan como herederos,
 y acusando su indolencia
 y reprochando el anhelo
 con que esperaron su muerte
 para apoderarse de ello.
 Allí el egoísta clama
 y a todos pide consuelo
 y auxilios para librarse
 de su terrible tormento:
 y encuentra en torno el vacío
 y encuentra en torno el silencio
 y solo vé a los felices
 pasar cantando a lo lejos
 Y hoy el día de los difuntos,
 ve entrar en el cementerio
 a los que fueron sus hijos,
 sus hermanos y sus deudos
 y los llama y no le escuchan
 y quiere volar a ellos,
 ¡y... nada! Está encadenado
 en su solitario lecho;
 y los maldice. Maldice,
 con furor y con despecho
 y su soledad profunda
 tiene rabia y tiene miedo.
 Viérais allí al arrogante
 que mató alguno en un duelo
 como se oculta temblando
 en el fondo de su féretro
 de la presencia implacable
 de la víctima que el cielo
 le pone siempre a la vista
 como acusador tremendo
 Quiere esconderse y huir
 de su aterrador aspecto;

de esa mirada profunda
 que es como un dardo de acero
 que le penetra hasta al fondo
 y le hace sentir su hielo,
 y de este pecho que muestra
 entre lívido y sangriento
 la herida por donde el alma
 rasgó el corazón entero...
 ¡A qué seguir? ¡Ah! ninguno
 de vosotros, ni el más bueno
 puede imaginar siquiera
 cuánto han menester de ruegos
 caritativas obras
 que les procuren consuelo
 esas almas infelices
 cautivas aún del cuerpo
 no, jamás cayó el rocío
 sobre labios más sedientos
 y frente más abrazadas
 que lo que caería el ruego
 sobre esos desventurados
 espíritus prisioneros
 víctima de la materia
 que fué todo para ellos.
 Ante el terrible espectáculo
 que de describiros vengo
 luchad; pues, hermanos míos
 luchad para desprenderos
 de la esclavitud del alma,
 de los instintos abyectos
 y las mezquinas pasiones
 y los vicios con que el cuerpo
 suele encadenar al hombre
 que habita ese oscuro suelo.
 Y elevad al porvenir
 vuestro corazón entero:
 al porvenir majestuoso
 que aguarda a todos los buenos,
 a los del espíritu
 Quitad poco a poco el peso
 del lodo de las miserias
 que les impiden el vuelo
 para poder remontarse
 por los espacios etéreos
 y sobre todos los mundos
 hasta los pies del Eterno.

(De "El Siglo Espirita", Méjico). Luis Gonzaga

NO SON ESPIRITISTAS

Los que titulándose de tales, lucran, explotan y engañan. El Espiritismo no se ocupa de adivinación, cartomancias sortilegios, ni de cosa alguna para embaucar a los profanos; y declaramos que, todo aquel que en su nombre realiza tales actos exigiendo remuneración en pago de sus mistificaciones, es un vulgar estafador.

La Bestia Humana

Cada uno de nosotros medita o reacciona frente a un hecho, según lo que es, según su conocimiento de las cosas, según lo que sea en él ese sentido clarividente que nos lleva hacia el mecanismo de los hechos por camino recto o por vericuetos tortuosos.

En un periódico de la mañana, no importa decir cual, acabo de leer una "Carta de Berlín, firmada por un cronista, cuyo nombre tampoco importa. La titula "La bestia humana". Y se refiere a un hecho desconcertante del que ha poco nos dieron noticia las agencias telegráficas extranjeras. Dejemos que el cronista se explique; y subrayemos aquello que ofrece mayor interés:

En cada hombre, hasta el más virtuoso, vive la bestia. Vive en un estado latente, o más bien duerme en los fondos secretos del alma, junto con los demás sentimientos e impulsos atávicos, que siguen dominando el mundo a pesar de todas las conquistas de la cultura. La bestia nace con el hombre y le acompaña desde la cuna hasta la tumba. En la mayoría de los casos, quien la lleva en sus entrañas ni siquiera sospecha su presencia: goza de la consideración de sus prójimos, a veces está reputado de hombre modelo, digno de admiración e imitación, enseña a sus contemporáneos la moral y estigmatiza los vicios. De vez en cuando, cuando la bestia se mueve, pronta a despertar, el hombre experimenta la tentación de abandonar las sendas de la virtud y seguir sus instintos primitivos.

El despertar de la bestia humana es siempre fatal: hace estragos en el alma, destruye el funcionamiento normal del cerebro, estorba el mecanismo psíquico, mata la voluntad. No es más el hombre, sino la bestia la que manda. Entonces, la sociedad se ve en la obligación de defenderse e inaugura una caza en regla contra la bestia que es preciso matar o, por lo menos, reducir a la impotencia.

En Limburg, ciudad sin importancia en el sudeste de Alemania, acaban de captar a una bestia humana muy peligrosa.

Se despertó de repente en un hombre de exterior apacible y honrado, que se llama Angerstein.

Angerstein, ingeniero de oficio, ganaba bien su vida, tenía una pequeña finca pro-

piada en los alrededores de Limburg y gozaba de cierto bienestar. Gozaba también de cierta consideración por parte de la vecindad y de sus compañeros en la empresa, donde fué colocado.

El despertar de la bestia se efectuaba lentamente, poco a poco, hasta que llegó el día fatal. **Por motivos misteriosos**, que el Tribunal no consiguió poner en claro, Angerstein, en el silencio de la noche, ha matado brutalmente con un hacha a su mujer, luego a su suegra, que acudió atraída por los gritos de su hija, y a su cuñada, una joven de 18 años. A las primeras horas de la mañana, entró en la habitación la muchacha de servicio, y Angerstein con la misma hacha la mató también a ella. En fin, llegó la vez de dos jornaleros que trabajaban en la finca, del jardinero y de un joven, alumno de Angerstein. Todos, uno a uno, eran brutalmente asesinados. Embriagado por el olor de la sangre, dominado por la bestia despertada, Angerstein ha exterminado al único ser sobreviviente de la finca: a su perro.

Su horrenda obra terminada, Angerstein, para destruir las huellas de su crimen, prendió fuego a la finca. Pero los vecinos consiguieron apagar el fuego.

El juez de instrucción no tardó en constatar que el abominable crimen había sido cometido por el propio Angerstein, quien no tuvo más remedio que confesarlo todo.

La semana pasada este multiasesino, por así decirlo, tuvo que dar cuenta de su crimen ante el Tribunal de Limburg.

La bestia, que había despertado en los fondos de su alma, dormía de nuevo. Se conoce que **Angerstein mismo está horrorizado por su obra**. "¡He vertido sangre y tengo que expiarlo con mi propia sangre!" — dijo en su última palabra.

Sigue con atención sostenida todas las peripecias de la vista de su causa. Se esfuerza en dominar sus nervios, pero no siempre lo consigue, y a veces llora amargamente. Sus llantos revisten un carácter histérico cuando el presidente lee la última carta escrita a Angerstein por su mujer.

El numeroso público miraba con la curiosidad que despiertan en la gente todos los criminales a este hombre de exterior modesto y pacífico, en el cual no había nada diabólico, procurando penetrar en

los fondos misteriosos de su alma. En cuanto al héroe de este proceso sensacional, no se atrevía a mirar en rededor suyo y durante todos los siete días de la vista de su causa, tenía sus ojos fijos en el suelo. Era lacónico en sus respuestas. En los momentos más dramáticos le faltaba la voz. Al último día, un poco antes del momento supremo, exclamó: "¡Soy un asesino y tendré que expiar mi crimen en el infierno!". Según la afirmación de su hermano, Angerstein no era un hombre peligroso, y el Evangelio fué su libro predilecto.

El tribunal le ha condenado ocho veces a la muerte. Nada puede salvarle. Además, el condenado renunció a toda petición de indulto. En breve la sentencia será ejecutada: Angerstein expiará la muerte de sus víctimas en el patíbulo.

Acogió la sentencia con mucha resignación. En cuanto al público presente en la sala, éste no dió muestra alguna de júbilo, como ocurre con frecuencia en casos semejantes: instintivamente sentía que este hombre, a pesar de su crimen horroso, **era víctima de fuerzas oscuras y misteriosas**, que escapan a los psicólogos y patólogos más sabios. Tal vez, estas gentes — por lo menos, una parte de ellas, — se hallaba también en conflictos continuos con la bestia humana que duerme en el fondo de sus almas y a veces está pronta a despertar.

Angerstein será ejecutado, como lo había sido, hace poco, otro asesino célebre, Haarman, en Hannover. Pero mientras la ejecución de Haarman, este bruto sin conciencia, quien durante toda la vista de su causa y hasta el último momento supremo, ante el verdugo, se había comportado con un cinismo sin par, ha sido objeto de júbilo en Alemania entera; la ejecución de Angerstein, será considerada como una triste necesidad: la de defender a la sociedad contra la bestia humana.

He aquí un hombre que mata "por motivos misteriosos"; un hombre que es acaso el primero sorprendido por su horrendo crimen "cuando la bestia duerme de nuevo", según entiende el cronista. Pero, ¿de qué bestia se trata? El cronista afirma ya que vive en todos los hombres, hasta en los más virtuosos; pero no nos dice en qué lugar de nuestro cuerpo anida. Una bestia que duerme o despierta en nosotros, como un dragón entra o sale de su cueva. ¿Conduce esto a alguna explica-

ción lógica? El cronista no ha podido explicarse sino a su manera, según su conocimiento. Es decir: ha acabado no explicando nada.

Pero el hecho sigue en pie, reclamando una explicación a nuestro espíritu inquieto. Y hete aquí que esta explicación sólo puede darla a derechas la doctrina espírita. La que demuestra y explica cómo un hombre, en estado de obsesión o de posesión, puede ser instrumento de seres del espacio poco evolucionados, o perturbados por monoideismos, estados pasionales o aberraciones que pueden conducir y conducen a estas situaciones o a otras por el orden, más o menos graves. Lo que demuestra y explica, en fin, cómo es que llevamos en nuestro equipaje espiritual, en ese archivo de nuestra individualidad que se llama periespíritu, la huella de lo que hemos sido antes de ser lo que somos; reminiscencias de estados inferiores en nuestra evolución, clichés de lo que era nuestro ego en vidas anteriores^o susceptibles de actualizarse y entrar en función como habrían actuado en el tiempo en que constituían el círculo máximo de nuestras realizaciones psicológicas. Esa es la bestia, en todo caso; el único dragón que puede vivir dentro de nosotros y que hemos de dominar, o que se ha de dominar a sí mismo, a fuerza de experiencia y a fuerza de dolor; ¡oh el dolor de Angerstein, cuando ha tenido conciencia de su crimen! Experiencia; dolor; conocimiento; progreso indefinido. ¿Ha podido tener esta esperanza el reo de Limburg, antes de subir al patíbulo?

Para nosotros, el caso Angerstein parece bien definido. A los profanos que nos lean, les rogamos que si les interesa el tema estudien en nuestro campo los casos de doble personalidad y de obsesión; casos en que "algo" que duerme en nuestro subconsciente asoma y produce en nuestra conciencia determinaciones, consejos o impulsos que nos sacan de nuestro ser y estados habituales (fenómenos anímicos); y casos en que "algo" que vive fuera de nosotros nos subyuga, nos domina o nos toma como instrumento ciego para realizar actos en los cuales obramos como meros autómatas (fenómeno espírita-clásico).

No te alarmes, lector, si esto que aquí digo chocea contra el concepto que tú puedas tener del acto libre, de tu conciencia y de tu personalidad. Aunque sea muy aleatoria la libertad del acto libre y nues-

tra actuación consciente y concreta, nuestra doctrina no combate sino que reconoce y defiende la integridad de esa conciencia y de esa personalidad que se revela en ti y que ha de actuar *per se*. Aquello otro, es la excepción... aunque más frecuente, en sus formas leves, que lo que tú puedes imaginar. Dedicáte a comprobarlo si quieres. Por lo pronto fijate en que la propia crónica nos ofrece base. ¿Es que por ventura puede fener igual proceso interno el caso de Haarman que el caso Angerstein?

Si el cronista conociera de estas cosas; de cambios de personalidad y de regresión

de la memoria; de obsesiones y de facultades subconscientes con exaltación o sin ella, habría hablado de Angerstein de otra manera. No le habría considerado tal vez como una bestia humana que ha sido preciso matar.

Yo celebraría que alguien pudiera decirse; enterarle. Por si algún querido hermano se quiere tomar este trabajo, en la redacción de **La Vanguardia** de Barcelona podrían dar razón de este cronista: se llama García Lorente.

Prof. Asmada.

(De La Luz del Porvenir, Barcelona).

La muerte no existe

La inmortalidad y supervivencia del alma es lo que han dicho las religiones y dogmas, pero no lo han demostrado en forma que disipe las dudas que se tienen respecto a la veracidad de tal afirmación; aceptar que así es, sin ningún raciocinio y creerlo por creer, es demostrar poco criterio.

Todos los que conocemos los dogmas tan llenos de puerilidades y contradicciones en pugna con el buen sentido, no podemos creer, sin previo análisis, como se ha venido haciendo en los tiempos que la humanidad se hallaba en su infancia espiritual, aceptando ese fantasma pavoroso, que sólo amedrantaba a las imaginaciones débiles, o a los hombres faltos de criterio.

Ese fantasma tétrico al que las religiones hoy procuran todavía hacer aparecer, llenos de terror y espanto, no es otra cosa que una de las tantas acciones de la naturaleza, esto es lo que demuestra el Espiritismo con hechos reales y comprobables para todo aquel que desee constatarlo.

Nuestras afirmaciones se basan, no en hipótesis sino en la comprobación más absoluta a través de pacientes investigaciones y lo que para muchos es un misterio, para nosotros es una realidad incontrovertible. ¿Qué sucede en la hora de la muerte, y cómo se desprende el espíritu de su cárcel carnal, qué impresiones, qué sensaciones le esperan en ese temido instante? Esto es lo que todos tenemos interés en conocer, puesto que infaliblemente deberemos pasar por ello.

Las doctrinas y religiones nos han de-

jado en la más completa ignorancia a ese respecto y los espíritus con sus comunicaciones vienen a enseñarnoslo en las sesiones serias de estudio, que con criterio sano y elevado se realizan, lo que creo que tú, lector sincero, quisieras conocer y esto lo hallarás en las obras de Allan Kardec, las que son de imprescindible necesidad para el que desee iniciarse en la inmensamente grande filosofía Espiritista, la que está basada en la más estricta justicia y equidad, que puede mirar frente a frente a la razón y a la ciencia, la que descansando en bases sólidas y al alcance de todas las inteligencias, en esta fecha viene a decirte que no llores a tus muertos, ellos viven.

Has visto la mariposa de matizadas alas al despojarse de su informe crisálida, esa envoltura dentro de la cual el insecto se arrastra por el suelo y la has visto luego libre y lijera revolotear por el aire luminoso en medio del perfume de las flores? No hay imagen más fiel del fenómeno de la muerte, también el hombre es una crisálida que la muerte descompone. El cuerpo humano, mísero despojo, vuelve al laboratorio de la naturaleza; más el espíritu, después, cumplida su obra, se lanza a una vida más elevada, a la vida espiritual que sucede a la vida corporal, como el día sucede a la noche, penetrado de estas ideas, ya no temerás a la muerte.

Siendo el Espiritismo luz, disipa toda creencia del misterio, por eso no lloran sus adeptos a sus mal llamados muertos, los aman y los recuerdan, pues saben que ellos viven y están a su alrededor.

Toda persona puede convencerse de que los muertos se comunican con los vivos y comprobar por sí mismo esta verdad, lo que sí es conveniente estar en condiciones tanto en el orden moral como en el intelectual para dedicarse a esta clase de estudios y poder salvar las dificultades que pudieran presentarse a los que se inicien en estos conocimientos a quienes vuelvo a recomendar para su orientación, la lectura atenta de las obras de Allan Kardec y así no confundirás el Es-

piritismo que tiene sus raíces en la más depurada ciencia, en la más profunda filosofía y en la más sublime moral, estando por tanto muy lejos de poderse asimilar a esa plaga de adivinos y demás videntes que, burlando las leyes de su propia conciencia, mistifican, embaucan y explotan miserablemente a la ignorancia.

El espiritismo, es el propio desinterés y ello es la mayor garantía contra el charlatanismo de esos falsos apóstoles y perfectos mercaderes.

M. Pallás.

Pruebas sobre la no existencia de la muerte

No lloréis la muerte porque ella no existe. Escuchad algunos hechos entre los innumerables que se registran y os convenceréis de ello y posiblemente ellos os recordarán algunos similares que os han ocurrido.

He aquí algunos que los transcribimos de la obra "Lo Desconocido" de Camilo Flammarion:

Mme. Carvalho, directora de un colegio de niñas en Lisboa, tenía, hace cinco o seis años, entre sus alumnas una niña de diez años, hija de una actriz que había ido contratada al Brasil. Una noche la niña se despertó llorando y exclamó: "¡Mamá! ¡Mamá! Estoy muy afligida a causa de mamá".

La niña no dijo si había visto a su madre, pero ésta había muerto aquella noche de la fiebre amarilla en Río de Janeiro.

F. Leopold.

Una noche, mi padre que era capitán de marina, estaba de viaje y acababa de entrar de cuarto y se paseaba por el puente cuando vió un niño vestido de blanco que parecía remontar el vuelo.

"¿No has visto nada?" dijo al marino que estaba de cuarto con él. "No" respondió el marinero. Entonces mi padre le contó lo que acababa de ver y añadió: "Estoy seguro que ocurre alguna desgracia en mi casa".

Anotó la hora y el día y al llegar a su casa supo que la misma fecha una sobrina suya había muerto.

Mi padre me ha contado con frecuencia este hecho y me lo repetía hace un momento al leer un trabajo de Vd.

M. Cheillar.

La señora A... madre de la persona que me ha contado esto, tuvo durante unos años una criada a la que había tomado mucho afecto. Esta mujer se casó y fué a habitar una granja bastante distante de la al-

dea que habitaba la señora A... Una noche se despertó sobresaltada y dijo al marido: "¿Oyes? La señora me llama" Pero todo estaba silencioso y el marido trató de tranquilizarla. A los pocos minutos, la pobre mujer, más y más agitada, dijo: "Es preciso que vaya a casa de la señora: me llama y estoy segura de que debo ir". Su marido, que la creía presa de una pesadilla, se burló de ella y consiguió calmarla.

Por la mañana el marido supo que la noche anterior el ama de su mujer había muerto de una enfermedad repentina y no había cesado al morir de llamar a su antigua criada, en el momento mismo en que ésta oía su voz.

Suzanne H.

Hace tres años próximamente, los padres de mi mujer vivían en Marsella, plaze de Sebastopol, número 5, piso segundo. Su hija mayor habitaba Beziers, donde se encontraba gravemente enferma. Los señores de Faune abandonaron su casa de Marsella para ir a cuidar a la enferma y la dejaron confiada al cuidado de los vecinos del piso primero, sus amigos.

Después de un mes de ausencia tuvimos el dolor de perder a mi cuñada, su hija primogénita. La noche misma de su muerte a la misma hora (11 de la noche) los vecinos del primer piso de la casa de Marsella se quedaron sorprendidos al oír que alguien subía al segundo piso y recorría la casa en todos sentidos. Creyeron por un momento que la familia Jaume había vuelto de Beziers. Estaban ya acostados y no creyeron oportuno levantarse para dar la bienvenida a sus amigos, pero por la mañana temprano subieron a hacer su visita. Cuál no fué su asombro al ver intacto el piso. Ninguna puerta había sido abierta ni se veía traza alguna del paso de ninguna persona.

Ch. Soulairol.

En el invierno de 1870-71 me quedé una noche solo con mi madre y mi abuela que había dejado Saint-Etienne para pasar un mes al lado de su hijo y de su nieto. Su hijo Pedro de B. 35 años se quedó *ligera-mente indispuerto* a causa de un enfriamiento, pero ella no se inquietó por eso y realizó su viaje, dispuesto hacia mucho tiempo.

Una noche acabábamos apenas de acostarnos, yo en el mismo cuarto de mi abuela y mamá en otra pieza, cuando un violento campanillazo nos hizo estremecer a todos en nuestra cama. Eran las once de la noche. Me levanté y mi madre y yo nos encontramos en el vestíbulo para saber quién llamaba. “¿Quién?” preguntamos varias veces sin abrir la puerta y nadie respondió. Nos volvimos a nuestras camas. Mi abuela se había quedado en la cama y me la encontré sentada y un poco asustada al ver que no habíamos obtenido respuesta.

No bien nos habíamos tranquilizado un poco, otro campanillazo más fuerte e imperioso que el primero nos puso de nuevo en alarma. Esta vez dí un salto con la agilidad de una niña de catorce años que era yo entonces, y llegué a la puerta mucho antes que mi madre. Pregunté quién era y nadie respondió. Abrimos, miramos en la escalera y en los pisos de arriba y de abajo y no encontramos a nadie. Nos volvimos a nuestros cuartos inquietos y presintiendo algún suceso imprevisto, y después de una noche de insomnio (excepto yo, que tenía la edad en que se duerme a pesar de todo), recibimos por la mañana este telegrama: “*Pedro muerto anoche a las once, prevenid mamá, preparadla a la triste noticia*”.

En 1884, dice la misma persona, año del cólera en Marsella me fuí a Bagnères-de-Bigorres Baréges con mi marido y mis dos hijos. Mi cuarto, en el que duermo sola, es enteramente obscuro, sobre la alfombra de al lado de la cama estaba en pie una persona rodeada de una aureola *luminosa*. Miré, un poco conmovida como se puede pensar, y conocí al cuñado de mi marido, un médico, que me dijo: “Prevenge Vd. a Adolfo, dígame que he muerto”. Llamé en seguida a mi marido, que dormía en el cuarto contiguo y le dije: “Acabo de ver a tu cuñado y me ha anunciado su muerte”.

Por la mañana un telegrama nos confirmó la noticia. Un ataque de cólera, adquirido al cuidar enfermos pobres, lo mató en pocas horas.

No había en el mundo persona más caritativa y más simpática. *H. Poncer.*

Mi abuelo vivía en una quinta enteramente aislada en un bosque, no tenía nada de misterioso, ni leyenda, ni fantasmas.

La hermana de mi abuelo se había casado con un médico de una aldea próxima.

En el momento en que ocurrió el hecho que voy a contar mi abuelo estaba ausente. Su cuñado el médico estaba seriamente enfermo y mi abuelo se marchó por la noche rogando a mi abuela, a mi madre, a tres tíos míos y a mis dos tías que no le esperasen, pues a no ser que su cuñado estuviese mucho mejor no volvería aquella noche.

A pesar de esa recomendación y a causa de haber llegado uno de mis tíos de Cochinchina, según creo, donde había la campaña, toda la familia presente estuvo en el comedor hablando.

La noche se pasó sin aburrimiento y a las dos de la madrugada estando todos presentes en el comedor incluso mis dos tíos, dos soldados escépticos y valientes, oyeron distintamente la puerta del salón cerrarse con tal violencia que todos saltaron de sus asientos. No había error posible; la puerta que se había cerrado así, o que mi familia había oído cerrarse, debía estar muy próxima y ser una puerta interior. Mi madre me ha dicho muchas veces: “oímos cerrarse la puerta como si hubiese sido empujada con un fuerte vendaval”. Aquella corriente de aire, absolutamente *ilusoria* como va Vd. a ver, fué sin embargo *real*, puesto que mis padres la sintieron poco o mucho en la cara y les dejó al pasar una especie de sudor frío como el que se siente en una pesadilla. La conversación se suspendió.

Aquel ruido violento de la puerta pareció a todos extraño y les produjo una especie de malestar enteramente indefinible. Mi tío, no obstante, se echó a reír al ver las caras de espanto de mi madre y de sus hermanas y pronto organizó una cacería muy divertida. Como hombre valeroso se puso a la cabeza y todos en fila se pusieron a registrar la casa. Miraron la puerta del salón, la que según todos era la que ciertamente se había cerrado, y estaba cerrada con llave y cerrojo. Mi familia siguió el paseo por toda la casa y vió que todas las puertas estaban cerradas y que en ninguna parte había corriente de aire. Era, pues, imposible explicar el ruido, tan violento y tan próximo de una puerta que golpea a impulso de una corriente de aire.

Mi abuelo volvió por la mañana y anunció la muerte de su cuñado. “¿A qué hora ha muerto?” — A las dos de la madrugada. — ¿A las dos? “A las dos en punto”.

El ruido de la puerta había sido oído por siete personas a las dos en punto de la madrugada.

René Gautier.

Mis abuelos habitaban una casa de campo en Saint Maurice, cerca de la Rochele. Mi padre, el mayor de la familia, era subteniente en Argelia, donde pasó diez años en medio de las fatigas y peligros de los primeros tiempos de la conquista.

El entusiasmo del peligro y la animación de los relatos contenidos en sus cartas, dieron a su hermano Camilo el deseo de ir a reunirse con él. Desembarcó en Argelia como sargento en abril de 1835, no tardó en reunirse con su hermano en Orán y a fin de junio tomó parte en una expedición contra Abdel Kader.

Los franceses se vieron obligados a batirse en retirada sobre Arzew y perdieron mucha gente al atravesar los pantanos de la Macta. Mi tío fué herido allí por tres balazos sin gravedad, pero en el campamento, un soldado que estaba limpiando un fusil, dejó escapar el tiro e hirió a mi tío en el muslo. Le hicieron una operación y una vez terminada, murió de una crisis espasmódica.

Las comunicaciones no eran rápidas en aquel tiempo y mi abuelo no supo lo ocurrido. Según una costumbre muy general en aquella época, mi abuelo tenía en el primer piso un cuarto para los amigos y sobre la chimenea un servicio de café de porcelana.

De repente, en pleno día se produjo en aquel cuarto un estrépido violento.

Mi abuelo subió precipitadamente, seguido de la criada, y se quedó estupefacto al ver el espectáculo que se le ofreció.

Todas las piezas del servicio del café estaban echos añicos en el suelo, al lado de la chimenea, como si hubieran sido barridos hacia el mismo punto. Mi abuela se quedó aterrada y tuvo el presentimiento de que ocurría alguna desgracia.

Se registró el cuarto minuciosamente, pero ninguna de las hipótesis que a mi abuelo se le ocurrieron para explicar el hecho le parecieron aceptables; ni una corriente de aire, ni el paso de las ratas, ni el de algún gato encerrado por descuido, etc. La pieza estaba enteramente cerrada y no podía haber corriente de aire. Ni las ratas ni un gato hubieran podido romper y reunir en un mismo sitio todas las piezas de porcelana puestas de plano en la chimenea.

En la casa no había nadie más que mi abuelo, mi abuela y la criada.

El primer correo de Africa trajo a mis abuelos la noticia de la muerte de un hijo, ocurrida exactamente el día en que se rompió el servicio.

J. Meyer.

Más casos podrían citarse, pero bastan ellos para hacer pensar al lector.

La multiplicidad y variabilidad de los fenómenos han dado a la humanidad la inmortalidad del alma y luz, mucha luz, para orientarse hacia el bien, hacia la perfección.

ALGUNAS ACLARACIONES

Persuadido de que el vulgo ignorante nos califica de locos, no por la convicción que les haya proporcionado el más elemental estudio de nuestra filosofía, si no por la simple satisfacción de seguir la corriente de los aristarcos sistemáticos, me ha sugerido la idea de escribir este artículo para expresar a nuestros detractores que la clasificación gratuita de locos con que suelen motejarnos no puede dolernos; muy al contrario, la aceptamos de buen grado; y la aceptamos de buen grado por estar de acuerdo al antiguo adagio de que "los locos siempre dicen la verdad", a más de estar convencidos, de que las más grandes empresas y los más hermosos progresos del género humano, obras fueron todas de excelsos locos, de maravillosos locos, cuyos nombres quedaron consagrados en mármoles y broncees como páginas imborrables de la universal historia.

Nos es el ideal espiritista una secta, ni un dogma, ni una religión pagana; esto se ha repetido hasta la saciedad y todas las veces serán pocas hasta hacerlo arraigar en las mentes atrofiadas por la acción de los arcaicos prejuicios, rémora de todo progreso moral e intelectual.

El Ideal espiritista tiene en la filosofía sus distingos bien definidos y su ciencia vasta, superior y racional está perfectamente establecida, como lo prueba su aceptación sin reservas, por los grandes sabios que le dedicaron una especial atención y un meditado estudio.

Así que, sentado que el Ideal espiritista es tan sólo filosofía, ciencia y moral y que su obra es exclusivamente de purificación, de perfeccionamiento y de amor, no se concibe, más bien, no puede admi-

tirse que haya quienes con la despreocupación propia tan sólo de inconsciencias supinas, critiquen o rehuyan el estudio de una idea que tiene por misión, la de iluminar las conciencias con las humanas enseñanzas de su profunda filosofía, llevando enhiesta la poderosa antorcha de la Verdad a cuyos destellos vase descubriendo, pese a los interesados detractores y a los irresponsables el velo atávico con que las religiones positivas encubrían la existencia del Más Allá.

Sabemos los espiritistas que pesa sobre el ideal cual pesada losa de plomo varios factores, nacidos unos en la densa atmósfera formada por vividores poco escrupulosos que medran a la sombra del Espiritismo, ejerciendo de curanderos y nigrománticos; otros, los interesados, en mantener a la humanidad en un homicida y expectral obscurantismo; y por último, los que diciendo profesar el credo espiritista, se mantienen empecinados en una forma de adaptación, equidistante y equívoca del verdadero concepto ideológico, en pugna éste con todo lo que no sea amor, igualdad y fraternidad.

No obstante, el Ideal espiritista avanza conquistando cada día valiosas posiciones, y no podría ser de otra forma en gracia al poder de su incontrastable grandeza. Los más eminentes hombres de ciencia se vienen abocando a su estudio y el resultado de sus comprobaciones y comentarios favorables son publicados en revistas y grandes rotativos. Ello viene a demostrarnos fehacientemente que en días quizás no muy lejanos, el ideal fluirá lozano y fuerte, libre de mal entendidos que desvirtúan la pureza de sus fundamentos para extender sus dones de paz y de justicia entre todos los humanos.

Negar el Espiritismo, es tanto como negar las leyes que rigen el universo por cuanto todos los órdenes de sus fundamentos se basan en hecho emanados de la propia naturaleza.

No es bastante el espacio de un artículo para llegar a grandes demostraciones ni es mi intención por hoy el hacerlo; he querido solamente evidenciar que no es merecedor el ideal espiritista, doctrina racionalista por excelencia, de servir de befa o mofa a quienes no se han tomado la molestia de estudiarlo; tanto sería calumniar a una honesta dama sin conocer sus antecedentes.

Los imperturbables de la vida, los que

en medio de la vorágine del siglo viven sin luchas ni pasiones, los que del sentimiento tienen una idea convencional, los que están siempre al margen de toda iniciativa, de toda cooperación, los estáticos en fin que viven muertos, no podrá acaso llegarles muy pronto, por su natural indiferencia, la luz bienhechora, el don espiritual, noble y bueno de esta filosofía. Pero no así puede ocurrirles a los que por negligencia o por apego a las rancias y ya desterradas costumbres no leen o inquietan acerca de esta doctrina, pero que son espíritus susceptibles de hacerlo una vez libres de la apatía y el prejuicio.

Y termino deseando que estas sintéticas aclaraciones, hijas todas del sentimiento que nace al calor de una humana convicción, hallen la amable acogida y el mismo amor de justicia que sirvieron para inspirarlas.

J. López García.

CONFERENCIA

La **C. E. A.** ha resuelto en su última sesión, realizar una conferencia en su local Belgrano 2935, Capital, el domingo 1.º de Noviembre a las 20 y 30 horas, para cuyo acto quedan invitados todos los correligionarios y muy especialmente el público en general.

Se ha designado para que confiera en este acto al Presidente de la **C. E. A.**, Don Manuel Vázquez de la Torre.

OBRAS ESPIRITISTAS CUYA LECTURA DEBE RECOMENDARSE

Allan Kardec. — ¿Qué es el Espiritismo?; libro de los Espíritus; libro de los mediums; el Génesis; el Evangelio según el Espiritismo; Obras póstumas.

León Denis. — Cristianismo y Espiritismo; Después de la muerte; En lo Invisible.

De Rochas. — Exteriorización de la motilidad.

Crookes W. — La fuerza psíquica.

Delanne. — Las vidas sucesivas.

Aksakoff. — Animismo y Espiritismo.

Flammarión. — Dios en la Naturaleza; Pluralidad de Mundos habitados; Lo Desconocido y los problemas psíquicos, etc.

Y otras muchas que encontrará Vd. incertas en el catálogo de la "Revista Constancia", Tucumán 1736, Capital.